

AVE MARÍA.

Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos.

Venid á mí todos cuantos trabajais y os sentís abrumados, que yo os aliviaré.

(*Matth.* xi, 28.)

La vida no es mas que una série de cuadros de tristeza, desamparo y desolacion. Y no puede dejar de serlo. Siempre experimentamos afan por adquirir, siempre afan por poseer, siempre desazon y temor de perderlo. Y nuestra afliccion y angustia son mayores, cuanto mas apego cobremos á la tierra, y mas cifremos en ella nuestra esperanza. El tedio constituye el fondo de la vida humana. No está el hombre en su lugar, porque ni están en equilibrio sus fuerzas, ni tienen objeto sus potencias. En todo ha de hacerse violencia, en todo experimenta inquietud. En semejante situacion, no pudiendo encontrar alivio ó consuelo en la tierra, donde todo nos engaña, tiene que elevar al cielo sus miradas, y fijarlas en aquella bendita Mujer, que, siendo Madre de Dios, se complace tambien en que la llamemos Madre nuestra. Cuando invocamos su maternal proteccion, María es un bálsamo que cura nuestras heridas, un lenitivo para nuestros dolores, un consuelo para nuestra afliccion, nuestra vida, nuestra dulzura y nuestra esperanza. Madre la mas amorosa, nos alimenta con la leche de su inagotable cariño; nos lleva en sus brazos con el cuidado con que se lleva un niño enfermo; vela nuestro sueño como centinela que conoce los peligros á que estamos expuestos, y satisface nuestros deseos por los medios que contribuyen á hacernos alcanzar la felicidad eterna.

Por eso espontáneamente, y como por instinto, la invocamos en nuestras penas y contratiempos: la sentida exclamacion ¡*Madre mia!* es el grito de la naturaleza, con que recurrimos á su ternura. Por eso es tan grande la confianza que en ella ponemos, y son tan frecuentes las oraciones que la dirigimos. Entre estas oraciones, la mas

sublime, la mas admirable, es la Salutacion angélica, Salutacion que cantan los ángeles en el cielo, y que repitiéndola nosotros en la tierra, ambas alabanzas, las de los ángeles y las de los hombres, suben juntas á su excelso trono, y hacen las delicias del Hijo, que no puede oír con indiferencia las glorias de su Madre, como ni el Espíritu Santo las de su Esposa, ni el Padre las de su Hija. Pronunciando con fervor el *Ave María*, ponemos en conmocion, si puedo expresarme así, todo el cielo. ¿Es mucho, pues, que S. Juan Damasceno diga que el *Ave María* es el libro de los justos; S. Anselmo, que es el camino del cielo; S. Basilio, que es el campo de la semilla de las virtudes; y S. Ambrosio, que es el órgano que alegra á los cielos?

De esta oracion voy á ocuparme en el presente discurso. Las pruebas á que Dios nos somete suelen ser muchas veces duras, las congojas son insoportables, la tribulacion superior á las fuerzas del espíritu; y, en semejante situacion, necesitamos acudir á nuestra celestial Madre, para proporcionarnos alivio y consuelo. Ella misma nos llama con las palabras de su Hijo: Venid á mí todos cuantos trabajais y padecéis, que yo aliviaré vuestra carga. Invoquemos, pues, su auxilio por medio de la sublime oracion del *Ave María*, y para que la pronuncieis con fervor, y merezcáis por ella ser colmados de gracias, voy á explicárosla. Quiera el cielo que esta explicacion os induzca á repetir con fe y amor esta oracion, en la cual la piedad tierna é ilustrada nos permite descubrir un fondo inagotable de ilustracion y de sentimientos puros. A. M.

1. La Salutacion angélica, amados hermanos míos, consta de dos partes muy distintas: la primera está formada de las mismas palabras del Evangelio; la segunda es una oracion que la Iglesia le ha añadido. Estas dos partes comprenden en su conjunto las dos clases de culto que debemos á María. Con la primera, le tributamos un culto de honor; con la segunda, un culto de invocacion, de suerte, que con una sola fórmula, admirable compendio de nuestros deberes para con María, la glorificamos, á la vez, como á nuestra reina, y la imploramos como á intercesora y abogada nuestra. Meditemos las inspiradas palabras de cada una, y no desaprovechemos ocasion alguna de saborear moralmente el maná que se oculta en lo material de la letra.

¡AVE! ¡Yo te saludo! es la primera palabra de esta dulce oracion; palabra bajada del cielo y recogida á los pies del trono del Omnipotente por un mensajero celestial, para traerla á la mas humilde y santa de todas las criaturas. Un ángel la pronuncia por vez prime-

ra, y ángeles de inocencia y de pureza debiéramos ser nosotros para repetirla. Mas ya que, no obstante nuestra depravacion y miseria, la Iglesia, indulgente con nosotros, la pone en nuestros labios, ¿quién pudiera negarse á repetirla con el enviado del Altísimo, mas aun, con el mismo Jesucristo, pues parece natural que no se sirviese de otra salutación cuando tributaba á María el honor, que un hijo debe á su madre? Y nuestros hermanos disidentes, que segun confesion propia, no reconocen otra regla de su culto y de su fe, sino la pura palabra de Dios consignada en las Escrituras; ¿qué disculpa alegarán al protestar contra una invocacion escrita, palabra por palabra, en nuestros Evangelios? ¿Cómo! ¿Se atreverán tambien á echarnos en cara esta *Ave*, que unos labios angélicos pronunciaron por la primera vez, y que repitieron mil veces unos labios divinos? ¿Olvidan, acaso, que esta *Ave* anunció la salvacion del mundo, y que aun cuando se la supusiera privada de toda virtud, debiera, á lo ménos, tenerse siempre á la vista el mérito de recordarnos el mas grande de nuestros misterios? ¡O dulzura inefable de nuestra fe! Ser admitido á participar del honor de saludar á una reina, es considerado en el mundo como un favor, que no suele dispensarse sino á las personas de elevada posicion social. Y, sin embargo, el pobre anciano, el tierno infante, el mas humilde de los hombres, y lo que es mas admirable todavia, el pecador, pueden presentarse todos los dias, á todas horas, y en cualquier momento ante el cielo, y decirle: yo te saludo; con la confianza de que su homenaje será aceptado con bondad y retribuido con una gracia.

Pero ¿cómo se llama la hermosa Virgen á quien saludó el arcángel con tan profundo respeto? Es hija de reyes, su genealogía se remonta á los mas antiguos patriarcas, descende de Abrahan, de la tribu de Judá, de la familia de David; su nombre glorioso, que por muchos siglos han tenido á honra llevarlo las reinas de la tierra, es el de MARÍA, AVE MARÍA. ¡María! nombre dulce, que no nos cansamos de repetirlo por su incomparable suavidad. ¡María! nombre superior á cualquier otro, despues del nombre del Salvador, que es el gozo de los ángeles, el terror de los demonios, la esperanza de la humanidad doliente; nombre ante el cual no hay frente que no se humille en el cielo, en la tierra y en los infiernos; nombre del cual puede decirse lo que S. Bernardo del santo nombre de Jesús, esto es, que es miel en nuestros labios, melodía en nuestros oidos, y júbilo en nuestro corazon: *Mel in ore, in aure melos, in corde júbilus*. ¡María! que en el lenguaje sagrado significa *Soberana*, y que el pueblo, en la ingenuidad y la verdad de lenguaje traduce por *Nuestra Señora*; co-

mo si comprendiese instintivamente, que ese poder soberano de que está revestida mas le pertenece á él que á la santísima Virgen. ¡María! que se interpreta tambien en equivalencia de *Madre*, que es la palabra mas tierna y suave de todos los idiomas que hablan los hombres, y *Madre llena de amarguras*, para recordarnos, sin duda, que María empezó á ser madre nuestra en momentos de acerbísimo dolor.

María, llena de gracia, GRATIA PLENA. Los profetas se han complacido en celebrar su maravillosa belleza. En tí es todo hermosura, oh amiga mia, le dice el Señor, no hay defecto alguno en tí: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te*. CANT. IV, 7. Salomon la vió subir cual aurora naciente, bella como la luna, brillante como el sol: *Sicut aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol*. CANT. VI, 9. La Iglesia en sus officios compara su blancura al lirio del valle, su cintura graciosa y esbelta á la palmera de Cades, y la brillantez de su cutis á la rosa de Jericó. Los pintores han apurado las tintas de su paleta para representar sus puros atractivos, su candor virginal, cuyo ideal solo cabe hallarlo en el cielo. Todas estas gracias exteriores no son, empero, sino el reflejo de la belleza de su alma. En el interior está la principal gloria y demas dotes que dan realce á la hija del rey: *Omnis gloria filia regis ab intus*. Ps. XLIV, 14. A nosotros, hermanos míos, la gracia no se nos comunica mas que con limitacion, y en cierto modo gota á gota; pero el Altísimo santificó su tabernáculo, y entró en él la gracia como un rio caudaloso: *Fluminis impetus latificat civitatem Dei: sanctificavit tabernaculum suum Altissimus*. Ps. XLV, 5. Los santos, aun los mas perfectos, vieron indudablemente acrisolarse su justicia y acrecentada su gracia en proporción á su fidelidad; mas nunca hasta el punto que no fuese posible mayor perfeccion. María obtuvo la plenitud de la gracia, y la obtuvo bajo todos conceptos como virgen, como esposa, y como madre, en su concepcion y en su nacimiento, en su santa vida y en su bienaventurada muerte; plenitud de gracias de que la vió cubierta S. Agustin, como de un escudo que rechaza el pecado en todas las direcciones por las que pudiera alcanzarla. Podemos pues decirte, virgen María, con toda la certeza y seguridad de la fe, tú eres verdaderamente bellísima y purísima, y el pecado original, del que han sido partícipes todos los hijos de los hombres, no ha manchado el manantial de tu origen. Es verdad, que el diluvio invadió toda la tierra, pero el arca santa fué llevada sobre las aguas. *Ave María gratia plena*.

El Señor es contigo. DOMINUS TECUM. Hé aquí un resultado necesario de la existencia de la gracia en el corazon del justo. Iremos

hacia él, dice el Señor, y permaneceremos en su interior: *Ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus*. JOANN. XIV, 23. Pero Dios procedió con María de un modo mucho mas admirable que con ninguno de sus santos, aun con los que habian sido merecedores de una familiaridad especial; procedió con María de un modo superior al que observa con las inteligencias mas elevadas en la jerarquía celestial. No hablemos de la intimidad de María con el Padre, que le da por hijo á aquel que ha engendrado desde la eternidad en la esplendente morada de los santos; de su union con el Espíritu Santo, que descende sobre ella y la cubre con su sombra para obrar el misterio del Hombre-Dios. Considerémosla únicamente en su union con el Verbo encarnado. María le concibe por su humildad, le lleva en su casto seno, le alimenta con su leche, le ve crecer en edad y en sabiduría, le sigue en sus excursiones evangélicas, es testigo de sus obras y de sus milagros, está de pié junto á la cruz, y por último se sienta á su derecha en la gloria. ¡Oh! amados hermanos míos; tambien estuviera con nosotros el Señor, si nosotros supiéramos estar con él. Le tenemos siempre presente en todas las maravillas de la creacion, que se presentan en cuadro á nuestros ojos: en él vivimos, nos movemos y existimos: *In ipso vivimus, movemur et sumus*. ACT. XVII, 28. Respiramos por su aliento. Todas sus delicias consisten en estar con los hijos de los hombres: *Deliciae meae, esse cum filiis hominum*. PROV. VIII, 31. Su reino está en medio de vosotros: *Regnum Dei intra vos est*. LUC. XVII, 21. Está constantemente á la puerta de nuestro corazon y llama: *Ecce sto ad ostium et pulso*. APOC. III, 20. No está lejos de cada uno de nosotros: *Quamvis non longe sit ab unoquoque nostrum*. ACT. XVII, 27, dice el Apóstol. Si quisiéramos tomarnos el trabajo de buscarle, le encontraríamos en el fondo de nuestro corazon, en el secreto de nuestro oratorio, á la sombra del tabernáculo, donde el amor que nos profesa le tiene en cierto modo sujeto. Pero el atractivo de los sentidos es para nosotros superior á las amistosas indicaciones de nuestro Dios. Dios está con nosotros sin nosotros; nosotros estamos con él sin vivir y conversar con él. La curiosidad del espíritu nos arrastra; las distracciones de los objetos sensibles nos seducen; y cuando por nuestros crímenes obligamos al huésped divino á abandonar su morada, nos privamos de las dulzuras de su sociedad por nuestra tibieza é indiferencia.

Pero sigamos, hermanos míos, examinando el texto de la salutación angélica: *BENEDICTA TU IN MULIERIBUS*; bendita eres entre todas las mujeres: lo propio habia dicho el Sábio casi con las mismas palabras, saludándola ya en su tiempo con este magnífico elogio: Mu-

chas son las hijas que han allegado tesoros de méritos y de gloria; pero tú las aventajas á todas: *Multae filiae congregaverunt divitias, tu supergressa es universas*. PROV. XXXI, 29. En todas las páginas de los Libros santos leemos nombres ilustres de santas heroínas; pero su gloria no es propia; su gloria es el reflejo de una luz mayor; su gloria, comparada con la de María, es lo que un boceto comparado con una obra maestra, una sombra en cotejo con la verdad; la gloria de dichas heroínas es, en fin, una simple figura de las grandezas que debian de realizarse en María. Débora, por ejemplo, supo vencer al enemigo de su pueblo y cantar victorias sobre él; María, empero, ha triunfado del enemigo del género humano, y el himno de su agradecimiento lo han repetido todas las generaciones. Judith salvó á Betulia, y sus débiles manos abatieron la cabeza de un conquistador feroz; pero María ha dado un Salvador á la tierra, y ha quebrantado con sus piés la cabeza de la serpiente infernal. Ester halló gracia á los ojos del gran rey, quien le concedió la vida y la libertad de una raza proscrita; pero María ha sabido complacer al Altísimo, y nos ha preservado de los rayos de su justicia. Exenta de la maldicion que pesa sobre todas las mujeres, concibió siendo virgen, parió sin dolor, fué participe de los goces de una madre, conservando intacta la joya de la virginidad; y reparó con su obediencia todos los males que el pecado de la primera mujer introdujera en el mundo. María fué la Eva que nos dió la vida, así como la primera nos habia dado la muerte.

Pero si María mereció por un privilegio especial ser bendita entre todas las mujeres, tambien podemos decir, que todas las mujeres han sido bendecidas en ella, lo propio que todas las naciones han sido bendecidas en su Hijo. Si, de dicha época data, amadas hermanas mías, vuestra emancipacion de una tiranía brutal, de un egoismo celoso, de bárbaras preocupaciones y costumbres. María os ha rehabilitado. María os ha enaltecido y honrado infinitamente mas de lo que pudieran hacerlo nuestros modernos utopistas, que en sus proyectos de una nueva organizacion social, quisieran emanciparos, aunque en realidad, suprimiendo la fe y los sentimientos de la piedad cristiana, volveriais á un estado de degradacion infinitamente peor que el primero; pues los modernos utopistas tratan, nada ménos, que de enajenar la propiedad de vuestra alma y la libertad de vuestra conciencia, para ponerla á discrecion del hombre, que seria á la vez vuestro esposo, vuestro sacerdote y vuestro Dios. Hasta que María vino al mundo, la mujer, contada apenas en el número de las criaturas humanas, era mas la esclava de un dueño rígido y severo, que la compañera de un esposo generoso; por capricho se la tomaba, y se la abandonaba por

capricho; era la sierva de sus propios hijos ya adultos, y se la rechazaba por impura del templo donde hubiera podido á lo ménos llorar con libertad su vergüenza y su desdicha. Aun entre los judíos, salvo raras y extraordinarias excepciones, la condicion de la madre y de la esposa no se diferenciaba mucho de la condicion de los esclavos, que las auxiliaban en los quehaceres domésticos. Fuera del cristianismo y de las regiones á donde ha llevado su civilizacion, aun es objeto de humillacion y de ignominia la débil mitad del género humano. Ved en algunos países á las mujeres hacinadas en un haren como si fuesen un vil rebaño, para servir de instrumento á la voluptuosidad brutal; vedlas en otras partes condenadas á una viudez perpétua despues de la muerte del primer esposo, ú obligadas por un fanatismo tan impío como inhumano, á dejarse quemar vivas junto con el cadáver del marido en la hoguera funeraria. Y la abyeccion llega al extremo de que ni siquiera lo advierte la misma víctima que lo sufre, no quedándole ni aun bastante sentido é instinto moral para dolerse de su dignidad envilecida; ó, á lo ménos para desear una compensacion. Pero aparece María, y como si la debilidad propia de los pocos años se hubiese convertido en objeto de respetuoso culto desde que Dios se hizo niño; como si la humildad de condicion hubiese sido emancipada y digna de mayores consideraciones desde que un Dios se hizo pobre y tomó la forma de esclavo; así la debilidad del sexo se ha levantado de su abatimiento desde que una virgen fué saludada como Madre de Dios; y se han derramado en el corazon de la mujer tesoros de amor, de santo pudor, de sensibilidad y afecto, al paso que el hombre le prodiga proteccion, solícitos cuidados y miramientos respetuosos.

¡Bendita sea, pues, la mujer cristiana, que ha sido glorificada en María! Pero en justa compensacion, bendíganla á su vez todas las mujeres, y proclámenla su libertadora; porque, aun en este sentido, puede entenderse el texto sagrado: *Benedicta tu in mulieribus ó inter mulieres*. Maldita sea la ingrata, que, olvidándose del beneficio recibido, desdeñase á la que le ha librado del oprobio y de la servidumbre, hiciese burla de sus misterios, y por una necia afectacion de superioridad de talento, tratase de ridiculizar las prácticas de su culto. Preciso es confesar que semejantes aberraciones son raras, y si alguna se encuentra, se considera como un suceso de mal agüero. María, gloria y modelo de su sexo, es por punto general objeto de la mas tierna devocion. La jóven doncella se complace en orar al pié de los altares donde se ostenta su imágen; la madre, al ver á un niño en brazos de la santísima Virgen, estrecha el suyo con especial amor contra su corazon; la esposa menospreciada busca á los piés de Ma-

ría el consuelo que le hace llevadero el abandono en que la deja un esposo infiel; al propio tiempo que un crecidísimo número de virgenes, como lo predijo el profeta, abandonando el mundo y sus vanidades, tienen á mucha honra cobijarse á la sombra de María, para que las presente al Rey de la gloria: *Adducentur regi virgines post eam*. PSALM. XLIV, 15.

Pero nuestros homenajes dejarian de ser gratos á María si, al ofrecérselos, nos olvidásemos de alabar á su divino Hijo. Hé aquí porque despues de proclamarla bendita entre todas las mujeres, bendecimos tambien á Jesús, el fruto de sus entrañas, diciendo: Bendito es el fruto de tu vientre Jesús: *ET BENEDICTUS FRUCTUS VENTRIS TUI JESUS*. ¡Jesús y María! hé aquí dos nombres inseparables y relativos, y que se confunden, y por un atractivo inefable, como el amor que inspiran, se identifican en una alma cristiana. Pero este recuerdo del Salvador, con el cual termina la primera mitad de la salutacion angélica destinada á la veneracion, tiende no solo á instruirnos, si que tambien á excitar nuestra piedad. Este recuerdo nos enseña, que Jesucristo es el fin y el principio de los honores que tributamos á María; nos enseña, que solo se refieren directamente á Jesucristo todos los cultos, las alabanzas y la gloria establecida para sus santos y aun para la Reina de todos ellos; nos enseña, que cualquier devocion, que no partiese de este principio, seria vana, ilusoria é impia; y que inútilmente pretenderiamos servir á la Madre si ultrajásemos al Hijo con la inobservancia ó el menosprecio de su ley.

2. Despues de haber satisfecho con el ángel un tributo de honor á María, le tributamos con la Iglesia un culto de invocacion. *SANCTA MARIA, MATER DEI*: Santa María, Madre de Dios. Hé aquí su mas bello título, título único, y exclusivo como lo es el nombre de Dios, que no puede aplicarse á ninguna criatura; título que constituye la grandeza de María, así como autoriza y justifica nuestra confianza. Ha habido, tanto en la antigua como en la nueva ley, fieles servidores y amigos de Dios, hombres escogidos por Dios; mas no ha habido ni habrá jamas sino una Madre de Dios. María, Madre de Dios, es el símbolo de la fe de todas las edades, la fe del Oriente y del Occidente, la fe de todos los Padres y de todos los Doctores; desde Ambrosio hasta Bernardo, el eco religioso de los siglos repite sus himnos y sus cánticos en honor de la maternidad divina. Solo un hombre, el impío Nestorio, quiso interrumpir esta general armonía, atreviéndose á disputar á María la mas gloriosa de sus prerogativas. La Iglesia entera se estremeció de horror al oír semejante blasfemia. Convocóse un concilio en Efeso; el enemigo á las puertas de la ciudad hubiera ex-

citado ménos alarma que el poner en duda una creencia tan querida. El pueblo consternado aguardaba en silencio la decision del Concilio ecuménico; ese silencio solo era interrumpido por las exclamaciones: Conservadnos á María, María, Madre de Dios. Pero la decision de la Iglesia anatematizó al blasfemo; y al punto se dieron al aire mil gritos de alegría: no parecia sino que las familias habian recobrado á su madre, al ver sancionado por la Iglesia el título de Madre de Dios. Hubiérase dicho, á juzgar por sus transportes de júbilo, que por primera vez se les daba á María por protectora. La ciudad en que se celebró el Concilio, ya no era aquella Efeso idólatra, que poco antes se sublevó para defender el *templo de la gran Diana*. Act. xix, 27 et 28: el culto de la inocencia triunfa allí mismo donde habia cundido la disolucion del paganismo, y se coloca una Virgen celestial en los altares que habia profanado la impura idolatría.

María, Madre de Dios, hé aquí el primer título en que se funda nuestra confianza. María tiene un extraordinario valimiento y puede, por lo tanto, ayudarnos eficazmente: ¿es acaso posible, que un hijo niegue una gracia á su madre, que se la pide? Pero hay otro motivo que da á este sentimiento mayor firmeza y seguridad. María, Madre de Dios, es tambien Madre nuestra. Jesucristo nos la presentó en este concepto en el Calvario, al propio tiempo que nos dió como hijos adoptivos á su cariño maternal. ¡Tierna y grandiosa escena! El Salvador, clavado en la cruz, tiene á su vista los dos objetos mas queridos de su corazón, su tierna Madre y su discípulo predilecto. *Mujer*, dice, *ahí tienes á tu hijo*: luego dirigiéndose á S. Juan, que representaba en aquel instante á toda la sociedad de los fieles, y mostrándole á María, *hé aquí*, le dice, *á tu Madre*. ¡Qué sustitucion! exclama aquí S. Bernardo, Juan por Jesús, el servidor, el discípulo por el maestro, el hijo del Zebedeo por el hijo de Dios, un mero hombre por el Dios vivo y verdadero! O COMMUTATIONEM! No importa, María le acepta; y aunque le cuesta la muerte de su Hijo, da el alma por adoptarnos. María deja de abrir y destrozarse su corazón para dar en él entrada al cariño maternal que debe profesar á sus nuevos hijos. Desde este instante se convierte en asilo de pecadores, en dispensadora de gracias, en la providencia de la desgracia, de la virtud y de la debilidad. El que esté sufriendo, el que deplora infortunios en este mundo, acuda á María, expóngale sus deseos y necesidades, y será atendido. Para María es desconocido el rigor de la justicia, su corazón es todo misericordia. Jesucristo le ha otorgado la facultad de hacer gracia, la omnipotencia de perdonar y de bendecir, omnipotencia, no de mando, sino de súplica y de ruego: *Omnipotentia supplex*.

Divina debe de ser la religion, que da una madre al huérfano, una consoladora á los afligidos, y la inocencia por refugio al arrepentimiento.

Y no digan nuestros hermanos disidentes, que atentamos á la gloria de nuestro Señor Jesucristo, al creer en la eficacia de la intercesion de María. Siguiendo las doctrinas del Apóstol, no reconocemos en realidad mas que un Redentor y un Mediador; pero reconocemos, con la Iglesia, que hay mediadores que interceden por nosotros, y entre todos colocamos en primer término á María. A los reyes solo se acude por medio de sus ministros. Y ¿por qué dejaríamos de rogar á una Madre que hablase en favor nuestro é interesase el corazón de su Hijo? Digo mas, nuestra religion fuera incompleta sin esta feliz mediacion. Si me preguntais los motivos en que me fundo, os diré, con san Bernardo: Representaos á nuestro gran Dios retirado en sí mismo en las profundidades de su gloria inaccesible. Débiles y pequeños como somos, ¿cómo franquearíamos este intervalo inmenso que nos separa de tan excelsa majestad? Pero si temeis acercaros al Padre, él os ha dado á Jesucristo por mediador, y Jesucristo nunca será desatendido no solo por la dignidad de su persona, sino tambien porque el Padre ama al Hijo. Pero si aun os impone cierto temor respetuoso la presencia de Jesucristo, si os impone tal vez la majestad divina de que goza, pues si es hombre como vosotros, tambien es Dios como su Padre, si se confunde con la humanidad por una de sus dos naturalezas, por la otra está mas elevado que los cielos, aun os queda otro recurso. ¡Oh Jesús mio! vuestra bondad me conmueve, pero vuestra grandeza me amedrenta. ¡Ah! perdonad mi flaqueza; yo os amo y os temo; y quiero tener una mediadora cerca de vos. Dios es mi padre, vos sois mi hermano; mas mi corazón ha menester una madre. Esta madre, cristianos, se nos ha concedido: María será atendida por la dignidad de su persona. El Hijo escuchará á la Madre, el Padre escuchará al Hijo: tal es el orden establecido para la salvacion, tal es la doctrina de todos los santos. Suponed por un momento, que la santísima Virgen no es un sér real, y quitareis á la religion sus atractivos, y entónces el cristianismo seria la única de las obras del Criador en la cual no se presentasen armonizadas en el culto, la gracia, la majestad y la ternura con la grandeza.

Siendo, pues, como eres, oh María, todopoderosa y sumamente buena, ya en calidad de Madre de Dios, ya en calidad de Madre nuestra, ruega por nosotros: ORA PRO NOBIS. A quien dudara todavía de la eficacia de tu proteccion y valimiento cerca de Dios, le diria: Preguntad á esos pobres por ella alimentados, á esos enfermos por ella

visitados, á esos cautivos por ella redimidos, á esos ancianos guerreros por ella arrancados de la muerte en el furor de las batallas, á esas mujeres cuyos dolores ha mitigado, á esos marineros por ella salvados del naufragio, porque vieron en medio de la deshecha tempestad que la Estrella de los mares calmaba la braveza de las olas con la serenidad de su semblante. Preguntad á los vencedores de Lepanto con qué auxilio lograron abatir la media luna y derrotar para siempre á los seclarios de Mahoma. Recorred todas las ciudades, todos los pueblos, todas las casas, desde el palacio á la choza; en todas partes encontrareis señales manifiestas de su proteccion: unos han recobrado sin pensar una fortuna; otros han experimentado los efectos de una providencia singular en un peligro inminente. Preguntad á los que habian sido antes pecadores, y han vuelto al camino de la virtud, únicamente porque tal vez aprendieron en su infancia á honrar á María, y porque aun en medio de sus excesos y desórdenes la tuvieron en gran devocion: ó mejor, entrad en los santuarios sin cuento que están dedicados á la santísima Virgen, santuarios cuyas paredes están cubiertos de *ex-votos*, testigos mudos, pero elocuentes, de su milagrosa asistencia. Interrogad á los monumentos erigidos por el agradecimiento de los pueblos á los que María ha salvado de una plaga destructora. El cielo, la tierra, el mar, todos los elementos hablan de consuno de su prodigiosa bondad y de su poder. Sí, quiero creer con S. Bernardo, que debemos á la intercesion de María todos los bienes, las protecciones milagrosas, gracias de la conversion, de la vocacion, y las que salvando nuestras almas nos colocan entre los predestinados. Cierta príncipe idólatra desoia todos los ruegos de un celoso misionero; el apóstol desesperaba ya de conquistar para su Dios aquella alma rebelde, cuando se acordó de que aun podía apelar á un recurso: llevaba en su pecho una imágen de María, y la presentó al príncipe. Al ver la imágen, el rey se enterneció; y aunque no creia aun en el Dios del cielo, conoció desde luego perfectamente á la divina Madre, que sonriendo contempla en sus brazos al hijo de sus entrañas. Reconoció en la religion que se le anunciaba una ley de amor y de clemencia: postróse de rodillas ante aquella imágen, y se levantó convertido ya al cristianismo.

Ruega por nosotros pobres pecadores: *ORA PRO NOBIS PECCATORIBUS*. La palabra *pobres* no se lee en el texto: el pueblo guiado por su filosofia sencilla, pero profunda, creyó que debia asociar, como consecuencia lógica, la idea de pobreza al pecado: En efecto; ¿puede darse algo mas miserable que el hombre pecador, sea rico, sea sa-

bio, sea poderoso, que á la miseria y á su nulidad original junta el crimen de su rebeldía contra Dios? Y ¿qué somos todos nosotros, exclama S. Agustin, sino los pobres de Dios, ó por mejor decir, los *mendigos de Dios*? Y ¿qué le pedimos? ¿el pan? Pero ¿qué pan? El mismo Jesucristo lo ha dicho: Yo soy el pan vivo descendido del cielo: quien comiere de este pan, tendrá la vida eterna. ¡Ruega por nosotros pecadores! ¿Temeríamos tal vez hacer esta humilde confesion? Todos somos pecadores, y quien se atreve á decir, que está exento de pecado, se engaña á sí propio y falta á la verdad: *Si dixerimus quoniam peccatum non habemus, ipsi nos seducimus et veritas in nobis non est*. JOAN. I, 8. ¡Ah! léjos de ruborizarnos, escudémonos todos sin distincion con el título de pecadores; escudémonos con esta proteccion, puesto que ese título nos concede precisamente derecho á la clemencia de María, que se complace en ser llamada Refugio y Abogada de los pecadores. Reconozcamos, sin embargo, que María tiene para los males mas exacerbados especiales remedios, y que particularmente en la conversion de los mas infelices pecadores, se goza en mostrar su poder y misericordia.

Ruega por nosotros, *ahora* *ORA PRO NOBIS.. NUNC*. Este *nunc*, este *ahora* con que imploramos la intercesion de María, hermanos míos, se refiere á toda la vida: lo pasado no es nuestro, de lo venidero no podemos disponer, y tal vez nunca podremos disfrutar. ¡Efímera existencia humana! La distancia que media entre la cuna y el sepulcro está reasumida en esta corta palabra, *nunc*, ahora, es decir, este instante fugaz en que os dirijo la palabra y vosotros me estais oyendo. Pero este instante tan fugaz que transeurre con la misma precipitacion con que se le nombra, este instante es el tiempo de los peligros, es el tiempo de las pruebas, es el tiempo de los combates; es la arena donde tenemos que luchar contra tres terribles enemigos, que conspiran encarnizados para conseguir nuestra perdicion; el mundo, el infierno, las pasiones: este instante es el mar borrascoso, propenso á frecuentes naufragios; el mar sembrado de escollos en que nuestra frágil navecilla corre mil riesgos de estrellarse antes de arribar al puerto; es el valle de lágrimas, sembrado de aflicciones y de miserias, de enfermedades físicas y penas morales, de angustias del espíritu y quebrantos del corazon. Y, á la verdad, nosotros somos harto débiles para sostener tales combates, vencer tales peligros y sobrellevar tal peso de tribulaciones y dolores. Ruega pues, María, por nosotros ahora, *ora pro nobis nunc*. Ruega por nosotros ahora, porque si no nos tiendes tu bienhechora mano, vamos á perdersos. Ruega por nosotros ahora, porque el día declina y las sombras de la

noche comienzan á tenderse sobre la superficie de la tierra. Ruega por nosotros ahora, porque de este instante depende nuestra eternidad.

Hay, con todo eso, una hora aun mas crítica y decisiva: la hora suprema, la hora del último combate, la hora que debe fijar nuestra suerte eterna: hora de tinieblas y angustias, hora de turbacion y espanto aun para el alma mas santa; hora en que pueden repararse todos los extravíos de una larga vida, como tambien pueden perderse todos los méritos adquiridos en el constante ejercicio de la virtud. ¡Oh! entónces, sobre todo, en vista de lo pasado que ha huido, del presente que se nos escapa, del juicio que se acerca, entónces necesitamos un auxilio tanto mas poderoso, en cuanto nuestros enemigos nos atacarán con mayores brios para apoderarse de nuestra alma. Y ¿á quién acudiremos en tan desconsolador apuro? A tí, María. ¿No eres tú nuestra Señora de la Buena Muerte? *ET IN HORA MORTIS NOSTRE.* ¡Dichoso aquel que te invocáre en el trance de la agonía! ¡Dichoso aquel á quien asistieres en su último instante! ¡Dichoso aquel que espira en tus brazos maternales, fijos los ojos en tu imágen, y abre sus labios para bendecir tu dulce Nombre! ¡Ah! no será para él la muerte sino un dulce sueño del cual despertará en los cielos.

¡AMEN! ¡Así sea! Con este voto ó deseo termina la Iglesia todas sus preces, como si quisiera darles este definitivo sello. Tal es tambien la última palabra de la *Salutacion angélica*. — ¡Amen! fórmula que resume todos los actos de adoracion y de accion de gracias. — ¡Amen! Es la fórmula de la esperanza que expresamos los mortales en las amarguras del destierro. — ¡Amen! Es el deseo de poseer y gozar lo que los santos repiten ante el trono del Cordero en el colmo de su complacencia y en el éxtasis de la felicidad. — ¡Amen! Acto de fe, adhesion del entendimiento á todas las verdades comprendidas en la oracion. — ¡Amen! Acto de amor, símbolo de la parte que ocupan en el corazon todos los sentimientos y afecciones que revela. — ¡Amen! Acto de obediencia, aceptacion por parte de la voluntad de los deberes que ella nos recuerda. — ¡Amen! Así sea, pues, tambien con respecto al culto que debemos á María! Honradla por sus gloriosas prerogativas y por las grandes maravillas que Dios obró en ella. Bendecid su nombre, venerad sus imágenes, adornad sus altares, celebrad sus misterios, cantad sus alabanzas, gloriaos de pertenecer á las piadosas asociaciones dedicadas á su santo servicio. — ¡Amen! ¡Así sea! Invocad á María, acudid á su proteccion tan eficaz como generosa en todas vuestras tentaciones, en todas vuestras aflicciones, en todos los trabajos y peligros que corre la virtud; pe-

didle constantemente todos los dias de vuestra vida, que os sea propicia en la hora de la muerte. — ¡Amen! ¡Así sea! Imitad á María en la práctica de todas las virtudes que le fueron mas queridas y que están mas al alcance de vuestra flaqueza: vosotras principalmente, mujeres cristianas, imitad á la que es á un tiempo vuestra hermana, vuestra madre, vuestra reina y vuestro modelo; imitad su dulzura, su humildad, su paciencia, su devocion, su santo horror á cuanto pueda mancillar la belleza del alma. *Cada uno de nosotros*, dice muy oportunamente san Gregorio de Niza, *es el pintor de su vida*: trazad la vuestra tomando por modelo la de esta Virgen sublime, y procurad perfeccionar cada dia la semejanza ya que teneis tan perfecto modelo. *Amen*.

Y tú, Virgen celestial, desde el trono en que estás sentada, en que reinas al lado de tu Hijo, vuelve tus ojos misericordiosos hácia estos fieles aquí reunidos para celebrar tus grandezas. Do quiera que los vuelvas no verás mas que hijos tiernos y devotos. Todos acudimos á tí, pastores y ovejas, doncellas y esposas, jóvenes y ancianos, y aun los que hasta este dia no te habian conocido. A tí clamamos, infortunados hijos de Eva: á tí suspiramos desde este valle de miseria en que dejamos oir nuestros gemidos, que regamos con nuestras lágrimas; y haz que podamos un dia y bajo tus auspicios poseer eternamente contigo á Jesús, fruto bendito de tu vientre, ¡oh dulzura, oh esperanza nuestra, ¡oh consuelo de nuestras penas, oh Madre de las misericordias! *Amen*. ¡Así sea!